

HABLAR Y CALLAR SOBRE DIOS EN BÁÑEZ, SUÁREZ Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Dirijo mi atención hacia tres pensadores que vivieron parte de su vida en la Salamanca del siglo XVI y que pertenecen a dos generaciones distintas: la que nació en los años veinte del siglo XVI (Báñez) y la que vio la luz en los años cuarenta de ese mismo siglo (san Juan de la Cruz y Suárez). Lo hago desde la perspectiva filosófica de la reflexión sobre el lenguaje. Y les pregunto por el significado y la verdad del lenguaje humano sobre Dios. Junto con ellos me planteo problemas de profundo calado filosófico, que no podemos eludir en nuestra situación intelectual, caracterizada por cierta negación, ausencia o vacío de Dios: ¿tiene sentido hablar de Dios?, ¿qué sentido tiene hablar de Dios?, ¿cómo hablar de Dios?, ¿expresa nuestro lenguaje la verdad sobre Dios? Con temor y temblor me acerco a un tema que aún sorprende por su profundidad y actualidad. Dios ha sido y sigue siendo la mejor clave organizadora de todo lo pensable.

Ninguno de ellos considera el tema de Dios en una perspectiva puramente filosófica. Piensan y actúan desde una situación creyente. No separan al Dios cristiano del Dios de los filósofos ni viceversa, como si fuesen dos realidades distintas. Pero, a veces, prescinden de lo que saben por la fe y exploran otros caminos. Junto al racionalismo de Báñez y Suárez destaco la actitud, en cierto modo, metarracional de san Juan de la Cruz. He querido que estén presentes el pensamiento especulativo y la experiencia mística.

Su discurso es sabiduría cristiana. Nos hallamos ante tres sabios que intentan señalar al hombre caminos de sentido y felicidad. Para ellos Dios ocupa un puesto de primera importancia en relación con el hombre que conoce y habla. En sus palabras sobre Dios escuchamos los rumores o latidos de su corazón, vigorosamente en Juan de la Cruz, menos perceptiblemente, bajo el disfraz acentuado de los ropajes abstractos del lenguaje escolástico, en Báñez y Suárez.

Ante su pensamiento nos sucede como a la niña del cuento. Vino de otro mundo, muy distinto del nuestro, aterrizó en nuestro planeta y se admiraba de que los hombres no se asombraran del sabor del plátano, la belleza del interior